

Sunster, porque comprende que lo prenatal no coincide con la imagen materna, es más misterioso y complejo. La «invitación al viaje» del padre supondrá la neutralización de los peligros que en el alma de Fronesis se ocultan. El catalizador, Foción, quedará en la isla, atrapado en el círculo, y Fronesis no «resistirá al mal» de acuerdo con el mandato bíblico, también recogido en las sentencias del *I-Ching*. Convivir con éste en nombre de la eticidad sería tan inútil como nocivo. Es muy joven para saber que la eticidad requiere de los iguales, si de largas convivencias se trata.

La verdadera despedida de Cemí y Fronesis se encierra en el poema escrito por el segundo. El poeta Cemí recibe un poema. Medida por medida, misterio de la otredad que, reflejada en la propia, reciproca lo recibido, del dador que devuelve con creces. Ni los más puros placeres resultan imprescindibles para lograr la felicidad que proporciona la vida filosófica en sí misma.

Foción expresa los extremos; Fronesis y Cemí, el término medio que es la virtud. Si revisamos el cuadro de pasiones, por exceso o por defecto, contenido en el libro II de la *Ética Eudemia*, encontraremos que los excesos corresponden con bastante exactitud a Foción y los defectos, al coro tan execrado por Fronesis y Cemí.

Rialta ha pronunciado —en el capítulo IX, al regresar su hijo de la manifestación política en Upsalón— un discurso cuyo objetivo podríamos llamar «el término medio». Aconseja a su hijo que evite los peligros simples y resume su tesis en una frase: «No rehuses el peligro, pero intenta siempre lo más difícil» (p. 380). Evitar no es rehusar, es elegir. El peligro inmediato proviene del exceso y rompe la medida ligada a la virtud. No es casual que, tras la manifestación, Cemí sufra una crisis asmática como resultado de su «hazaña», en realidad exceso, y que deba sumirse en el sueño provocado por los polvos contra el asma, los cuales ejercen sobre él una función depurativa, catártica, convirtiéndolo primero en «análogo o pareja de los contrarios más inesperados en sus mutaciones» (p. 381), para sentirse al despertar «con la alegría de una reconciliación» (p. 382) y recuperar su naturaleza. Rialta le ha prevenido contra «el peligro sin epifanía» (p. 380) que «buscan los enfermos», que «no engendra ningún nacimiento en nosotros». Las pasiones, al imperar, conducen a la búsqueda del peligro, rompen la armonía del alma. Pero la madre lo insta a intentar siempre lo más difícil. Ella también lo ha hecho al regir sola la familia siendo joven y viuda, toda vez que, según el orden aristotélico, que respeta Lezama, el marido rige sobre la mujer y la familia de forma aristocrática, a causa de «su natural superioridad para el mando»<sup>26</sup> y así queda expresado en el primer capítulo, sobre todo, lo cual explica que la

<sup>26</sup> Arist.: Política, I, 1259a, 12, 1259b, 1-3, p. 78-80. Et. Nic. VIII, 1160b, 32 y sigs., 1161a, 22-28, p. 340-342.

muerte del coronel significara una verdadera catástrofe. El orden y relaciones de los Cemí es aristotélico, basado en la «ley natural» y supone por ende un peligro más hondo y menos espectacular el mantener ese orden fuera de las funciones que resultan propias. Ese es el heroísmo de Rialta. Por eso puede exhortar a Cemí a emprender la gran aventura de «lo más difícil», es decir, vivir según la virtud, pero en un modo y medida adecuados a su ser, a su *paideia*. En su caso, se trata de la vida filosófica, la cual empleará el arte como medio de conocimiento y de obra. El arte tendrá para Cemí una función metafísica, pero también política, en cuanto influencia sobre la polis, sobre el mundo humano. La manifestación en Upsalón ha constituido una acción política en su sentido estrecho y no le resulta adecuada; sería siempre un signo externo, constitutivo. Volcar su ser en lo no esencial lo deformaría, como sucede con las pasiones, por exceso o por defecto. Debe apuntar entonces a las acciones nobles, las que según Aristóteles conforman la vida política, como resultado de ese tender hacia lo más alto. Así «verá no los peces dentro del fluir, lunarejos en la movilidad, sino los peces en la canasta estelar de la eternidad» (p. 380). Páginas después, Cemí reflexiona, al salir del sueño provocado por los polvos, sobre el consejo materno. Asume «el orgullo consistente en seguir el misterio de una vocación, la humildad dichosa de seguir en un laberinto como si oyéramos una cantata de gracia, no la voluntad haciendo un ejercicio de sogá» (p. 384). La lectura de un pasaje del *Wilhelm Meister* lo confirma. En éste se habla de «presentarse siempre de modo regulado», de «gobernar tanto el día como la noche»: se trata del término medio, que comienza a peligrar en Fronesis, a exigir la revisión de sus bases y debe ser reconquistado mediante el viaje, un nuevo modo de ejercer —y adquirir— la virtud dianoética.

Cemí tuvo en su padre un ejemplo de vida política en su más alto sentido; en Foción y Alberto conoció la «vida de goce». Alberto lo indujo hacia la vida filosófica, que en él se frustró, ahogada por lo insular. Siempre sobrevivirá la duda en torno a Alberto. ¿Se equivocó de vida? ¿desencadenó la renuncia a destinos más elevados el miedo a los riesgos, profundos y definitivos, de la vida filosófica? ¿El menosprecio de la vida política —o una actitud escéptica frente a ella— lo condujo, unido a lo anterior, al exceso del goce? ¿Se trata de algo más trágico y esencial, quizás el sentir absorbidas sus fuerzas por la matriz insular, lo que lo condujo al exceso en la esperanza tan quimérica como agónica de contrarrestar el proceso? Todas esas opciones y algunas más son posibles.

Aristóteles reflexiona en la *Ética Eudemia* sobre los bienes de la vida y la problematicidad de la elección entre vivir y no vivir<sup>27</sup>. Es el sentido de la vida lo que se cuestiona, y la respuesta de Anaxágoras, quien deci-

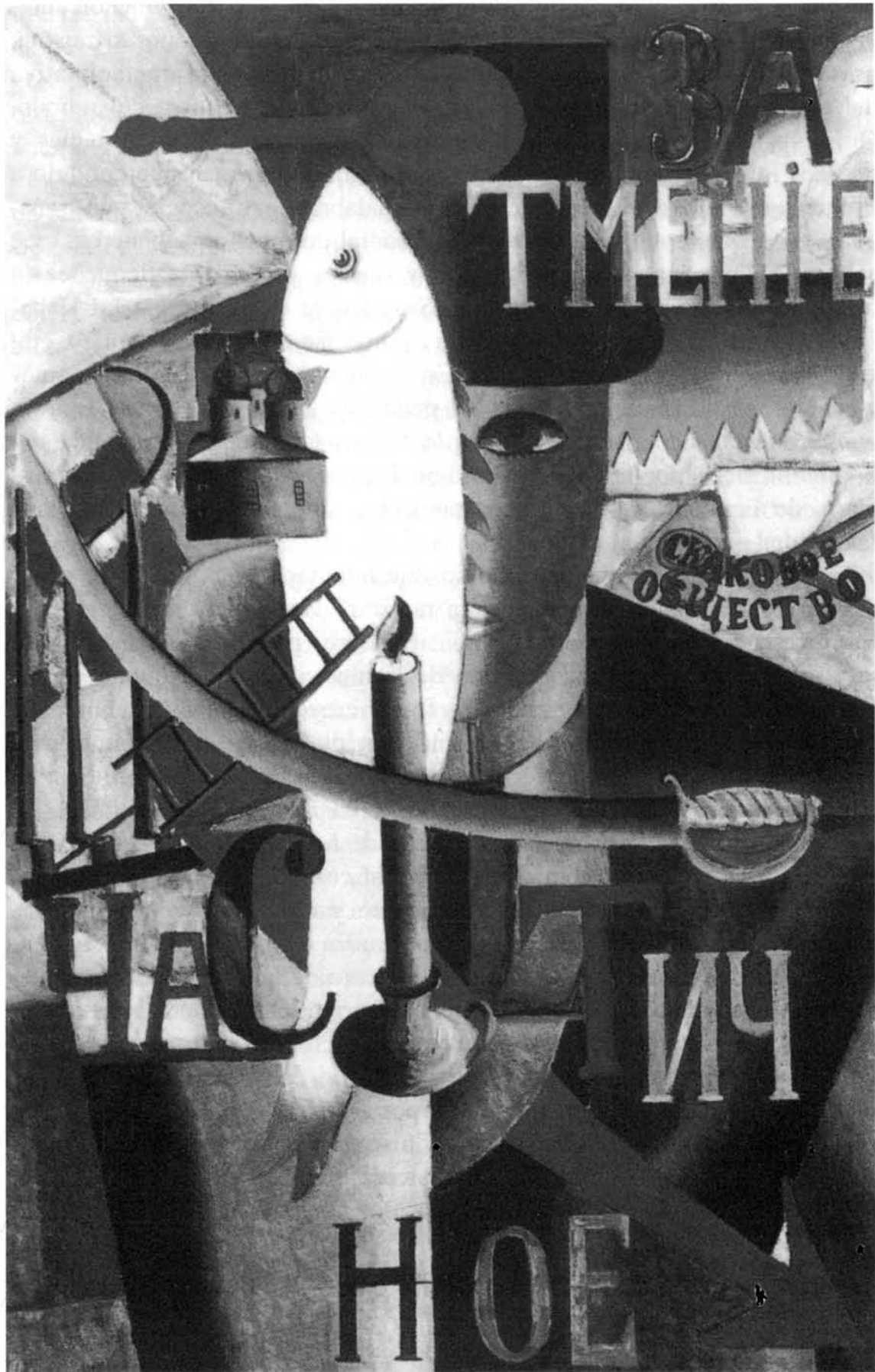
<sup>27</sup> Arist.: Et. Eud., 1215b, 15 y sigs., 1216a, 1-25, p. 420-421.

de que vale la pena a cambio de la maravilla de la contemplación intelectual, será la que encontrará Cemí, pues la acción bella, por sí misma, no le basta. Téngase en cuenta que se trata de la actitud contemplativa del monje zen, quien no renuncia a intervenir en el decurso del mundo. Quizá las íntimas tragedias de Alberto, el conocedor de las especies y géneros inferiores al hombre, de Foción, hasta del germen que condujo a Fronesis al viaje, esté resumido en estas palabras: «A veces el que transcorre en pequeña ciudad, complejo inesencial de muchos habaneros, cree que todos los signos le son hostiles y que es esa misma pequeñez la causa de males e imposibilidades»<sup>28</sup>. Sustitúyase el nombre de La Habana por lo insular y será lo mismo. En el misterio de la vocación de Cemí reside el peligro fructífero, el reto. En la misma página del escrito antes citado señala Lezama: «Sólo de las pequeñas ciudades (Atenas, Florencia, Weimar) puede surgir el tipo de cultura que tenga la medida del hombre». Urge por tanto la teleología insular —suerte de respuesta al alerta de Fernando Ortiz, con conciencia o sin ella— reclamada desde 1937 por Lezama.

Licario introduce la duda: ¿será posible intentar con éxito lo que nadie estaba mejor capacitado que él para realizar? Ha llegado sin embargo a los cuarenta años del modo como su madre, preocupada, imagina su futuro cuando ella muera: «víctima de la alta cultura», «Aladino» de la filología, mientras el que acuñó la frase, creyéndose un estudiante de cervecería alemana, trata de provocarlo en duelo» (p. 612). La trampa que tiende al *bon sens*. Licario rebasará los marcos del aristotelismo, para entrar en los predios de una concepción alquímica conciliable con Nietzsche: la *nigredo* o muerte, que precede a la *resurrectio*, por lo cual empleaban, entre sus símbolos, el fénix, así como el superhombre es una expresión de Dionisos, el dios que muere y resucita. Licario lo hará, pero esto constituye materia de otra novela. En cuanto a Cemí, lo sostendrán en medio de su asma —estrangulamiento de la vida según Aristóteles— dos factores: la vida prenatal y el misterio, manifestado también en su vocación. La primera se concentra en el fuerte ancestro, el abuelo vasco cuya respiración dominaba su entorno (p. 196); el segundo se muestra en el pítico letargo producido por el humo que dilata sus pulmones, que le devuelve la respiración, a la vez que lo conduce suavemente a las regiones subterráneas del cosmos, dominadas por el canto órfico, de donde surgirá su propio canto.

**Lourdes Rensoli Laliga**

<sup>28</sup> José Lezama Lima: «La pequeña ciudad o la medida del hombre». En: La Habana, Madrid, 1991, p. 87.



Kazimir Malevich: *Un inglés en Moscú* (1914)